

Walther L. Bernecker/Günther Maihold

**Presentación:
Consenso y polarización en España**

El traspaso del gobierno de José María Aznar a José Luis Rodríguez Zapatero como consecuencia de las elecciones del 14 de marzo de 2004 ha tenido secuelas profundas para la convivencia de los españoles. Se abrieron grietas y abismos al interior de la sociedad que siguen marcando la visión política de España incluso tres años después. La sociedad vive un nivel de polarización política continua, que no permite la comparación con los tiempos de consenso de la transición a la democracia. Decisiones del gobierno del Partido Popular (PP) fueron revocadas por el gobierno del PSOE, reclamando el mandato popular en base al resultado electoral. Para algunos observadores parece darse una situación de péndulo político que implica orientaciones encontradas en muchos ámbitos de la vida social, teniendo como consecuencia la revisión profunda de las decisiones del gobierno anterior, siempre y cuando hayan cambiado los signos políticos después de una elección nacional.

Esta situación de confrontación parece modificar a la sociedad española, lo cual hace necesaria una revisión analítica de la llamada “crisis” en cuanto a sus causas y sus efectos tanto en las diversas áreas de política, ya sean de índole interior o exterior. Se hace visible una sociedad española que parece encontrarse en una fase de transición con múltiples rupturas internas, relacionadas con el debate sobre su auto-percepción, un tema vinculado en última instancia con un pasado sin resolver. A estas escisiones internas parecen coadyuvar en el presente los partidos políticos por medio de sus estrategias de polarización; siempre de nuevo las tímidas tendencias para un entendimiento son socavadas.

A la pregunta, si existen en esta sociedad ciertas zonas, que podrían ser protegidas de la embestida polarizante, como p. ej. la política exterior, se tiene que responder con una negación. El alcance de la instrumentación de múltiples temas por parte de los intereses de los partidos

políticos para sus fines de consolidar su electorado parece ser bastante grande. Por ende será apenas probable que con las elecciones de 2008 los electores puedan, con su voto, realizar una decisión que obligue a los actores políticos a replantear sus acciones y forzarlos a un nuevo ajuste de sus estrategias frente a la sociedad. Hasta la fecha siguen dominando las posiciones políticas ideologizadas y la lógica de organización de sus respectivos aparatos. Esto no sólo vale para el PP, que desde su debacle en el contexto de los ataques terroristas de marzo de 2004 parece encontrarse en constante campaña electoral, sino también para el gobierno socialista, que sigue atizando las dimensiones históricas del enfrentamiento político en contextos de la actualidad.

El presente volumen invita a una revisión de las diferentes áreas políticas con el fin de analizar hasta dónde una divergencia fundamental rige los debates públicos o si se trata más bien de una cancelación momentánea de consensos existentes. Para esta tarea habrá que tomar en cuenta no solamente los casi tres años del gobierno socialista sino también los dos gobiernos del PP bajo José María Aznar.

Así en materia de *política exterior* el anterior consenso fundamental entre los partidos sufrió cambios debido al nuevo énfasis de Aznar en la relación atlántica. Sin embargo, el retorno del Partido Socialista al gobierno no se reflejó en retomar el consenso pasado. Hay que partir de la premisa de que, a raíz de la polarización de cuño político interior, no se lograron desarrollar posiciones de política exterior conjuntas que, a su vez, puedan ser viables más allá de los partidos y del actual gobierno. Sigue abierta la necesidad de una discusión de fondo del papel que España anhela jugar en las relaciones internacionales, evitando en el exterior la impresión de una “política de columpio incalculable”, por lo que hay orientaciones fundamentales que siguen teniendo vigencia a mediano plazo. En relación con la política exterior desde el gobierno de Rodríguez Zapatero se puede delinear un curso por reposicionar al país desde la periferia de Europa en dirección al centro. Esto por un lado ha dependido de la nueva definición de la relación con los Estados Unidos (por ejemplo, la retirada de las tropas de Irak). Por el otro lado, los españoles aspiran a una mayor presencia en la UE a través de una relación más estrecha con Francia y Alemania sin desaprovechar las posibilidades del poder medio como conciliador entre diferentes grupos hacia adentro de la misma Unión. Rastreando los lineamientos fundamentales de la política exterior española se puede encontrar una res-

puesta a la pregunta de en qué medida el gobierno de Rodríguez Zapatero realmente está impulsando una orientación nueva de la misma. Existe un consenso enorme en la población española sobre el ingreso del país en el año 1986 en la UE (como señalan Ángel Viñas y Walther L. Bernecker en este volumen), porque se veía este camino como una ruptura consciente con el pasado de la dictadura franquista. Señalan nuestros autores que fundamentalmente había tres opciones para el posicionamiento internacional de la España postfranquista: en primer lugar el acercamiento a la Unión Europea, en segundo lugar una relación más estrecha con América Latina y África y en tercer lugar una posición fundamentalmente neutral. La decisión de pertenecer a la UE ligaba el proceso de democratización española a la prioridad para con el continente europeo, elemento esencial del consenso en materia de política exterior.

El papel de España en la Unión Europea ha sido determinado por distintos factores. Por un lado son significativos los factores estructurales como su ubicación geográfica y geopolítica, al igual que los niveles de desarrollo económico. Por otro lado hay una serie de elementos que son consecuencia de la estructura interna particular de España (por ejemplo, la variedad de culturas e identidades, el desarrollo económico relativo de algunas regiones). Por último le corresponde a España un papel mediador de especial envergadura entre el área del Mediterráneo y las Américas por un lado y por el otro el continente europeo. El dilema fundamental de la política exterior española reside en la no resuelta tensión entre los objetivos de una política exterior nacionalista clásica y su inclusión creciente en la política exterior común del cuño de la Unión Europea. Esta tensión parece ser el origen de muchos debates en la búsqueda de un perfil propio de política exterior española.

Gracias a la afiliación de España a la Unión Europea, ésta a su vez logró mayor presencia en el área mediterránea, como demuestra Eduard Soler en su aportación a este volumen. A España le correspondía un papel decisivo en la configuración de las relaciones en la región. Desde 1995 se ha venido buscando —a partir del proceso de Barcelona— una política exterior común de la UE en relación con los países colindantes con el Mediterráneo. Al lado de la defensa de los intereses nacionales, la política exterior española se ha visto mayormente imbuida en este contexto institucional. Los actores principales del hemisferio occidental en el Mediterráneo son Francia, Italia, España y los Estados Unidos.

Francia es relevante a raíz de sus contactos con las ex-colonias; a Italia le corresponde un papel crucial por su emplazamiento geográfico; los Estados Unidos mantienen una relación estrecha sobremanera con Israel. En cuanto a España no debe menospreciarse por un lado su situación geográfica, por el otro, su trato con los estados del Magreb gracias al pasado común. Sobre todo en el diálogo que mantiene España con los estados árabes, se le estima a esta nación, en comparación con Francia y los Estados Unidos, más como “contraparte a la misma altura”, que presenta a su vez esencialmente raíces culturales comunes. En qué medida España pueda cumplir con su rol entre una política nacionalista y europea, dependerá en gran parte de su constelación política interior. Las relaciones entre España y los Estados Unidos desde 2004 han sufrido en apariencia una incisión decisiva: uno de los primeros actos oficiales del nuevo presidente Rodríguez Zapatero fue el repliegue de las tropas españolas estacionadas en Irak. Susanne Gratius argumenta en este volumen que aún no se sabe en qué medida este retiro de las tropas ha representado en realidad un cambio fundamental del curso de las relaciones de España con los Estados Unidos, o si no es más que nada un repliegue hacia una política exterior española tradicional. Es conocido que la relación entre España y los Estados Unidos ni es tirante, ni es demasiado estrecha. Especialmente en América Latina los dos países más que nada se veían en competencia y no como contrapartes. El acercamiento de España a los Estados Unidos durante el segundo período gubernamental de José María Aznar se fundaba aparentemente en las buenas relaciones personales de los dos mandatarios. Y a pesar de la retirada de las tropas españolas de Irak bajo el gobierno de Rodríguez Zapatero, esto no significó que no hubiera más cooperación militar con los Estados Unidos (véase como ejemplo la participación de España en la misión de la OTAN en Afganistán). La política del gobierno de Rodríguez Zapatero por ende, aparentemente es menos el inicio de un capítulo nuevo en las relaciones bilaterales España-Estados Unidos que una vuelta a las ya conocidas condiciones tradicionales de las relaciones trasatlánticas.

En relación con América Latina da la impresión como si en el gobierno de Rodríguez Zapatero (también en el contexto europeo) ganaran en importancia los intereses nacionales españoles, explica Carlos Malamud, seguramente también a costa de las relaciones hacia otros países (como por ejemplo Cuba y Venezuela, a disgusto de los Estados

Unidos). Sin embargo, no se puede reconocer una estrategia real en estos esfuerzos más intensos de las relaciones con América Latina. Es más, pudiera ser que América Latina esté ganando en interés por las inversiones que en ella realizan compañías españolas. En suma se puede resumir, que las relaciones de España para con los Estados Unidos se han relegado a segundo término, después de la importancia que para la nación hispana tienen las relaciones hacia la UE y los países latinoamericanos.

Un eje central de los niveles de confrontación le corresponde a la *política interna* en sus diferentes escenarios: Se trata tanto de temas como el terrorismo interno de ETA, de la concepción de la propia nación y su composición por las Autonomías, como del reconocimiento propio desde una revisión de la memoria histórica. A raíz de la agenda de política interior (las negociaciones con ETA, los estatutos de autonomía, etc.) los impulsos para la elaboración de posturas comunes entre los protagonistas de la polarización pueden considerarse como muy restringidos. A pesar de las continuas derrotas en las votaciones y elecciones para la oposición y los éxitos (marginalmente convincentes) del gobierno, el cálculo político de ambos partidos se orientará hacia una victoria en las elecciones de 2008. Entretanto la escisión interna de la sociedad española y la polarización entre los poderes políticos será tan pronunciada, que las posibilidades de un consenso se están minimizando.

En el centro del interés se han colocado en los años pasados los temas acerca del tratamiento de la historia y la pregunta acerca de una identidad y una cultura nacionales ante la diversidad interna. Como elemento cohesionador se había desarrollado durante la gestión de José María Aznar el combate al terrorismo de ETA. Sin embargo, esta unidad se fracturó con los atentados del 11 de marzo de 2004, que marcaron la presencia del terrorismo internacional en España. Como explican Rogelio Alonso y Andreas Baumer, se han ido mezclando las agendas en comparación con los tiempos anteriores cuando en esencia se diferenció el terrorismo internacional del terrorismo de ETA. A raíz de la actualidad (proclamación del cese el fuego por ETA el 24 de marzo de 2006 y el final de la Comisión de Investigación del 11 de marzo de 2004) del tema, se le ha dado de nuevo prioridad al problema del terrorismo de ETA.

Al parecer, hay un acuerdo fundamental en España acerca de las medidas con las que se puede responder al terrorismo (por ejemplo, la

represión policial y los procedimientos penales conjuntos de España y Francia, el control de explosivos). Sin embargo, la pregunta acerca del trato con ETA guarda un potencial de polarización relativamente grande. No hay que perder de vista que son los medios los que, al tratar este delicadísimo tema, deben aportar un manejo cuidadoso y no atizar adrede la polarización. Vale recordar que una sociedad sólo tiene la capacidad de enfrentarse efectivamente a un peligro terrorista si los diversos grupos de interés encuentran una posición única y común frente a los terroristas. Sin embargo, parece que justamente se ha roto el consenso. Es por ello que sigue presente en la sociedad española cierta inseguridad en la evaluación del cese el fuego de ETA y de la oportunidad de las conversaciones en curso. Por un lado hay precondiciones claramente expresadas por el gobierno para entrar en negociaciones formales (v.gr., el desarme completo y la disolución de ETA). Por el otro lado se podría utilizar el cese el fuego como entrada a un acercamiento paulatino a los terroristas y sobre esta base buscar el diálogo con ellos con los concomitantes peligros de un nuevo fracaso por la intransigencia del grupo terrorista.

El debate sobre ETA y el País Vasco inmediatamente remonta a la discusión reciente sobre la memoria histórica y el concepto de nación en España. Se están abriendo las grietas todavía no sanadas de la Guerra Civil y la etapa de la dictadura de Francisco Franco que discuten en este volumen Alberto Reig Tapia, Ferran Requejo, Klaus-Jürgen Nagel y Sören Brinkmann. En su perspectiva se pueden identificar cuatro fases:

1971-1975: inicio del tratamiento de la historia reciente en España.

1976-1996: se amplía la libertad de análisis de los hechos acaecidos durante la dictadura, sin miedo a represalias. No desemboca, sin embargo, en un debate nacional.

1996-2004: se inicia un debate público acerca de la dictadura durante el gobierno de José María Aznar. Médula temática eran las relaciones sociológicas del PP para con el régimen de Franco y la legitimidad del PP sociológico resultante de ellas.

A partir de 2004: se incrementa el debate público acerca del tiempo de la dictadura. Bajo el término *revisionismo* surge un movimiento que conmemora encubriendo y desfigurando esta etapa de la historia de España.

Desde el punto de vista historiográfico esta época se encuentra entre las mejor estudiadas. En el debate oficial, sin embargo, parece que

recién se ha iniciado la discusión del tema. Ante todo y con miras al *revisionismo* se perfilan las diferencias entre *memoria e historia*. La primera encuentra su razón de ser gracias a los recuerdos de testigos presenciales de los hechos; la segunda, gracias a las conclusiones obtenidas a través de métodos “objetivos y científicos”, con los cuales se busca un acercamiento a la “verdad”.

Una perspectiva dividida de manera similar se presenta en la discusión crítica acerca de la polémica alrededor de la política cultural que reseña Ulrich Winter; un tema que ocupa a España tanto en el interior, como también hacia el exterior. Dos debates acerca de la restitución de materiales de archivo a las regiones y también la presentación de España con una política cultural exterior fuertemente unificadora ponen de relieve con cuánta vehemencia aún se discute la pregunta de la nación, que a su vez afecta el tema de la proyección propia hacia el exterior. La autoimagen y la imagen externa por ende no pueden superponerse y ponen al descubierto de esta manera una vez más la irresuelta situación interna del país. Al mismo tiempo descubren el por qué este debate conflictivo se descarga en las discusiones sobre bienes de cultura, herencias culturales y personalidades artísticas concretas.

A debate se encuentra también la inmigración y el orden del sistema federal español, temas sobre los cuales se han agitado dramáticamente las aguas de la controversia y la polarización internas. Axel Kreienbrink describe, cómo desde la perspectiva del Estado se puede contemplar a la inmigración fundamentalmente desde dos ángulos: primero se puede considerar al inmigrante bajo el aspecto de riesgo para la nación. Es ante todo un extranjero y un problema de seguridad, por lo que es un caso para el Ministerio del Interior. En segundo lugar al inmigrante se le puede considerar un futuro ciudadano. Entonces los elementos fundamentales son su inclusión en el mercado de trabajo o la integración al país correspondiente. Desde este punto de vista por ejemplo es de la incumbencia del Ministerio de Economía. Esta brecha en la ubicación conceptual de la migración implica conceptos de tratamiento encontrados y se conecta con diferentes grupos de la población que apoyan o rechazan la respectiva posición. Así, una primera ley de inmigración fue proclamada en España en el año de 1985. Forma la base para las hoy vigentes resoluciones legales y proviene con ello de una época, en la cual el número de inmigrantes era muy reducido. Un acceso real al mercado de trabajo era más bien la excepción para el forastero. Con el

auge económico de España también aumentó la inmigración, por lo que España adaptó sus regulaciones: aunque hubo una contingencia a la inmigración, a aquéllos que tenían un permiso de permanencia se les daba un contrato de trabajo indefinido. A mediados de los noventa, la inmigración se volvió lema de las elecciones, el PP prometía que, en caso de salir victoriosos en 1996, propondrían una nueva ley. El resultado de esta nueva legislación sin embargo no fue el deseado control del flujo de inmigrantes. Es más, aumentó considerablemente, y entre 2000 y 2004 fue de los más altos en la UE. Hoy en día, la migración es un problema crucial para España y Europa, con el que tienen que confrontarse. La inmigración es fundamentalmente ilegal, la mayoría proviene del Norte de África o de América Latina. A los latinoamericanos no se les da preferencia ante los africanos explícitamente en la ley, pero implícitamente en muchos casos las semejanzas culturales, religiosas e idiomáticas les favorecen. El problema central de los inmigrantes ilegales es su papel en el mercado de trabajo español. Muchas veces trabajan bajo condiciones más desventajosas que el término medio. Son, sin embargo, por eso mismo, una contribución decisiva para la economía española; muchas empresas (agrícolas y de la construcción) no serían competitivas en el mercado sin el trabajo de los inmigrantes ilegales. Bajo el gobierno de Rodríguez Zapatero se realizó la legalización de muchos inmigrantes ilegales que vivían y trabajaban en España. Una avocación real por parte de la sociedad civil para con la inmigración aún no ha encontrado cabida a niveles amplios. El debate sigue con altos niveles de confrontación y emociones, lo cual no permite la creación de los consensos necesarios.

Lo mismo vale para el tema de la autonomía de las regiones españolas. Xosé Manoel Núñez Seixas y Ludger Mees tratan la pregunta de por qué la problemática de la autonomía de las regiones sigue siendo tan polarizante para la política interior de España, no solamente para el caso de Cataluña, Galicia y el País Vasco, sino también en una perspectiva que por ciertos grupos se ha convertido en un debate sobre la “españolidad”. España como nación con un desarrollo muy desigual de sus identidades regionales, que descansan en tradiciones antiguas y también en el uso de una lengua propia, se encuentra actualmente inmersa en la redefinición de las bases de la convivencia nacional. En la Constitución de 1978 se dio cabida a esta multiplicidad de identidades. La pregunta acerca de la división del poder dentro del Estado espa-

ñol no fue solucionada de manera satisfactoria. Por un lado hay quien apoya un manejo político más amplio por parte de un gobierno español con sede en Madrid; por el otro lado hay voces que se expresan en favor de una mayor independencia de las regiones. Más allá de estas posiciones básicas, la pregunta acerca de una autonomía de las regiones es un tema recurrente en la política española, ya que el problema de la realidad multinacional española aún no ha sido resuelto satisfactoriamente. Desde 2003 ha habido un resurgimiento del debate acerca de una mayor autonomía de las regiones y la implementación de acuerdos alcanzados con anterioridad. Especialmente la posición crítica del PP y del segundo gobierno de José María Aznar (2000-2004) ha atizado dramáticamente el debate. Las identidades regionales han articulado una mayor presión, el debate sobre las naciones en la nación se percibe cada vez más controvertido. Por un lado esto es fruto del financiamiento cada vez más amplio de las Autonomías por parte de Madrid; por el otro lado algunas competencias de reglamento estatal clásicas han sido delegadas a la UE y con ello se ha desarrollado un desequilibrio en la balanza de poder entre el gobierno central y las regiones en favor de estas últimas.

El cambio de gobierno y la declaración de cese el fuego de ETA han jugado un papel primordial en los acontecimientos actuales. Tradicionalmente el PP estaba a favor de un mayor poder por parte del gobierno central y en pro de una postura más intransigente hacia ETA que el PSOE. El ofrecimiento del cese el fuego por parte de ETA es interpretado por una parte como un intento para lograr acuerdos con un gobierno del PSOE probablemente más cooperativo, mientras que otros suponen la cancelación de la postura común entre los partidos mayoritarios de pedir como precondition el desarme completo y la desmovilización de ETA.

No solamente el tema de las Autonomías está calentando los ánimos en España, más bien la crispación parece tener alcance, con sus efectos polarizantes, más allá de la vida política hasta los actores sociales, y desembocar en una *lucha por los espacios públicos*. La incisiva pregunta acerca de los agentes de la polarización de la política española se encuentra en el centro de las aportaciones de Sebastian Balfour, Günther Maihold y Carlos Martínez. Se hace evidente, cómo las secuelas de la polarización política dominan los medios, el espacio público y las pone en correspondencia con las posiciones políticas de los dos grandes partidos PP y PSOE.

El debate político en España está acuñado, desde la asunción de las funciones políticas por parte del gobierno de Rodríguez Zapatero, por una creciente polarización de las posiciones, tal y como salieron a relucir en los debates acerca del acto terrorista del 11 de marzo de 2004, de los derechos de mayor autonomía para Cataluña o de la introducción del matrimonio homosexual. Las posturas empero se encuentran tan escindidas, que en parte podrían poner en peligro el funcionamiento del sistema político actual, ya que las partes recurren a vías extrainstitucionales de presión o involucran el sistema judicial en sus estrategias polarizantes. Una contemplación más profunda hace deducir que, al parecer, la polarización del debate político español no puede ser reducida a los antagonismos entre los dos grandes partidos. Es más, se podría partir de varias antinomias imbricadas, que se extienden a lo largo de la sociedad. Llama la atención la repentina aparición de esta polarización. ¿Será un reflejo de la realidad de la población española? ¿Estará presente esta escisión perceptible de la opinión pública también en la sociedad? ¿O es una maniobra táctica de los partidos para poder contabilizar una ventaja decisiva en la competencia por los votos?

Un actor inmediatamente involucrado en el conflicto es la Iglesia católica con el protagonismo del cardenal Rouco, arzobispo de Madrid. Las relaciones de la Iglesia con los partidos políticos son analizadas por Antonio Duato y Carlos Collado Seidel, que parten de la importante posición que sigue manteniendo en la sociedad española la Iglesia católica, cuya influencia también se extiende hasta la política. Tradicionalmente el PP se mantenía cerca de la Iglesia, los nexos de la misma con el PSOE eran más bien problemáticos. En la campaña electoral, la proximidad programática con la Iglesia era un factor digno de tomarse en cuenta en la determinación de las plataformas de elección. Esto, sin embargo, al parecer ha cambiado a lo largo de los últimos años. El comportamiento serio y respetuoso para con la Iglesia que ha mantenido el gobierno de Rodríguez Zapatero hasta ahora no es característico de un gobierno socialista. Lo cual no significa que las concepciones de la Iglesia católica se puedan encontrar ahora en todos los partidos. Sucede lo contrario: tal y como se ha visto en relación con el matrimonio entre homosexuales el *cleavage* religioso pierde cada vez más su significado para la política. Aunque la religión siga jugando un papel importante en la sociedad española, su relevancia en el negocio político diario es cada vez menor. La Iglesia sigue por el momento más bien como parte de la polarización y

menos como agente de conciliación ante las presiones de los mismos partidos por asegurarse por esta vía la lealtad de sus seguidores.

Que diversos países del mundo, lo mismo que España hayan pasado por etapas de altos niveles de polarización, no es un consuelo ante los efectos distorsionadores que tiene esta situación para la solución de problemas nacionales. Sin embargo, no hay que perder de vista los efectos a mediano alcance de este estilo de debate y de la recomposición de una sociedad para la cultura política y las alianzas sociales necesarias para garantizar la gobernabilidad. Una solución a la polarización la podrán proporcionar las elecciones de 2008. Si la fuerte oposición temática del PP no desemboca en un mayor número de votos, se vería forzado a abandonar su posición tan fuertemente polarizada. Pero también el cese el fuego de ETA podría ser una solución para salir del estancamiento: si es posible una pacificación definitiva, esto podría ser una piedra angular en el camino hacia un mayor consenso. Sin embargo, este consenso tampoco impregnaba los debates del encuentro “del consenso a la polarización –en torno al cambio de la democracia española” que se llevó a cabo los días 30 y 31 de marzo de 2004 en las instalaciones del Instituto Alemán de Política Internacional y Seguridad/SWP en Berlín. Aproximadamente 50 representantes de la academia, la política y la prensa se reunieron para deliberar acerca de los desarrollos políticos y sociales en España. La pregunta crucial era en qué medida se delineaba –en el debate público– la transición de un consenso fundamental hacia una polarización de las posiciones políticas y cuáles eran las consecuencias que resultaban con ello para la dinámica política tanto interior como exterior del país.

Se buscaba una respuesta a los siguientes cuestionamientos cruciales:

1. ¿Fueron las elecciones del 14 de mayo de 2004 el comienzo de un nuevo modelo de la democracia española? ¿En qué medida el gobierno anterior del presidente Aznar había allanado, con su mayoría absoluta, el camino hacia este cambio estructural, o fueron los atentados terroristas del 11 de marzo de 2004 los que transformaron de raíz los fundamentos de la democracia española?

2. ¿En que áreas políticas se dejan reconocer los crecientes patrones de polarización de los partidos políticos? ¿Son éstos incidentes coyunturales o describen cambios tan cruciales que imposibilitan un nuevo proceso consensual?

3. ¿Cuáles son los factores determinantes para un comportamiento competitivo tan pronunciado por parte de los partidos? ¿O es que el intento de reconstrucción del pasado renueva ya olvidadas formas de atrincheramiento y reconstruye *cleavages* políticos? ¿Es de esperar en futuros cambios de gobierno que haya siempre cambios dramáticos de curso en la política española?

4. ¿Qué consecuencias tiene esta confrontación de la política interior para el tratamiento de preguntas acerca del presente y futuro de la nación española, su constitución interior y el papel internacional del país? ¿Qué actitud es la que pueden esperar los vecinos europeos y contrapartes internacionales de España?

El presente volumen, que recoge una selección de las aportaciones a este debate, trata de ofrecer respuestas iniciales e ideas preliminares para un debate que necesitará de mayor profundización en el futuro. Es, en este sentido, el inicio de una investigación de más largo alcance al cual se invitó a expertos de España, Inglaterra y Alemania para alumbrar el destino de una etapa del desarrollo social y político de un país que siempre se había movido, desde la transición a la democracia, en altos niveles de consenso. Agradecemos a la Fundación Fritz Thyssen y al Programa ProSpanien del Ministerio de Cultura el apoyo de este esfuerzo de debate y análisis.

Berlín/Nuremberg, 30 de noviembre de 2006